

DESCRIPCION

de la translación de las cenizas del
EXCELENTISIMO SEÑOR D. FRANCISCO GARCIA,
y de los honores fúnebres tributados en los días
26, 27 y 28 de Julio de 1842.

Malheur au pays qui m'éternise par
les traits des ses grands hommes! Là où
l'héroïsme n'a point d'auteles, la vertu
n'a point d'empire.

¡Desgraciado el país que no inmortaliza
las acciones de sus grandes hombres—
porque donde no tiene altares el heroísmo,
tampoco impera la virtud.

Nuits Romaines.

«Habiéndose acordado por el Superior Gobierno y Exma. Junta departamental el ceremonial á que debían sujetarse las autoridades y corporaciones en la asistencia á las exequias y funerales del Sr. D. FRANCISCO GARCIA, se determinó inmediatamente nombrar una comisión, que la compusieron el Sr. Diputado D. Casimiro Cenoz y el Lic. Joaquín Calderón, quienes, en unión del Sr. Juez de lo Civil, su escribano y un facultativo, se dirigieron á la hacienda de S. Pedro á disponer con el decoro y precauciones necesarias la exhumación del cadáver que se hallaba depositado en una bóveda de la capilla de la misma hacienda. Se verificó este acto á las 12 de la noche del día 25 de Julio, é inmediatamente se depositó el cadáver en la capilla, á la que concurrieron, luego que se les permitió entrar, casi todos los arrendatarios, peones y labradores que habían servido al Sr. García, advirtiéndose en todos ellos una respetuosa melancolía, que sólo el semblante puede explicar el grado en que la posee el alma. La madrugada del 26 se ocupó el Sr. Juez de 1.ª Instancia, D. Gerardo García Rojas en practicar las diligencias correspondientes á comprobar que el cadáver no podía ser otro que el del Sr. García, disponiéndose en seguida la conducción, para lo que se dejaron los restos en el mismo cajón en que se encontraron; éste se colocó en otro de plomo que se cerró herméticamente, y los dos se acomodaron en un tercero de madera forrado exteriormente con terciopelo negro, cuyo lustre hacía que resaltaran más los adornos amarillos que la guarnecían. Esta triple caja en que de una vez, y para siempre, se encerraron las cenizas de una personatanjustamente respetada, componía un muy pesado y voluminoso féretro; pero no obstante, fué acomoda-

do en un carro luctuoso que se había preparado de antemano, con una facilidad y ligereza asombrosa. ¡Tal era el deseo de todos los que conocieron al Sr. García, para prestarle un último servicio!

«Inmediatamente se ordenó la marcha abriéndola el carro, al que rodeaban respetuosamente doce ó quince personas, que en clase de sirvientes antiguos ó de reconocidos á favores particulares no desampararon un instante el cuidado de la caja que contenía el objeto de su gratitud, manifestándolo con el negro color de sus trajes y de los caballos en que cabalgaban á una distancia respectable del féretro, y con un silencio religioso que hacía más imponente la comitiva. En el acto de partir suplicaron los sirvientes de la hacienda se les permitiera tirar el carro, á lo que no se accedió por lo pesado que estaba el aparato y lo muy mojado y fangoso del camino; pero insistieron con tanto empeño, que no pudo negarse á su demanda, y caminaron á más de dos leguas de la hacienda, en donde con un mudo pero expresivo lenguaje dijeron el último adiós á su amo y bienhechor. Seguía el carro una escolta de diez dragones del regimiento de Veracruz, mandada por un oficial, y á continuación el coche de los comisionados.

«En este orden se condujeron las respetables cenizas hasta la entrada de la Villa de Guadalupe, en donde se había dispuesto una mesa con pella negra, una vela en cada una de sus esquinas y cuatro cirios en blandones que correspondían al nivel de aquellas, fuera de la mesa: ésta se alzaba en el centro de un arco de luto elegantemente dispuesto, que rodeaba en silencio un numeroso concurso; á poca distancia del arco estaba dispuesto un coche de respeto que se hacía notable por el gusto con que se adornó; lo tiraban dos soberbias mulas grullas enlutadas con plumajes negros; servía de cocheto uno de los señores principales de dicha villa, y de paje un jovencito que por la elegancia de su personal, por lo notable que es su familia en aquella villa, y por el gusto que se advertía en su traje, contribuía á hacer aquel acto más patético y sentimental. Una fusión inconcebible de pesar y dolor, con los más gratos recuerdos, sorprendía el espíritu al ver que hasta la casita más infeliz manifestaba su tristeza con colgaduras blancas atadas con lazos negros. Esta vista, con la de otros tres arcos enlutados que estaban distribuidos en la carrera de la primera mesa á la puerta del templo, el doloroso silencio que se advertía en un pueblo agitado con el triste aparato de que era testigo, el lúgubre clamor de las campanas, los acentos de tristeza que usa la iglesia al recibir en su seno las reliquias de sus fieles, la caritativa compostura de toda la respetable comunidad del Colegio de Guadalupe que salió á recibir hasta la orilla el cadáver del Sr. García, daba un golpe que conmovía el ánimo hasta hacerlo verter lágrimas con una ternura que se siente y no es dado transmitir al papel. En la primera mesa de que se ha hablado, se colocó el féretro, y hasta allí fueron á recibirlo en procesión los principales vecinos, vestidos de luto, y la respetable comunidad que cantó un solemne responso en el mismo acto de recibir bajo su cuidado el depósito que le entregaron los comisionados. De allí se condujo procesionalmente el féretro en hombros

de los que se ofrecieron á cargarlo á pesar de que el carro estaba dispuesto para este uso, hasta la capilla de la portería del convento, cantándose en cada uno de los arcos, de que se ha hablado, otro responso tan solemne como el primero.

«Luego que se supo en Zacatecas que los restos del virtuoso D. Francisco García estaban depositados en el Colegio de Guadalupe, se dejó percibir un movimiento que denotaba la impaciencia con que todos deseaban tener en el recinto de la ciudad los venerados despojos del bienhechor de Zacatecas. Muchísimas personas de todas clases se dirigieron á aquella villa á ver y sentir por sí mismas las dulces emociones, las públicas y generales demostraciones de tristeza, mezcladas con la gratitud más desprendida. Entre aquellas personas se hicieron notables el Sr. Prefecto del distrito D. Francisco Gómez, el Sr. D. Antonio Castrillón, contador de la Tesorería departamental y D. Jesús Valdés; los dos primeros por la infatigable actividad, orden y buen gusto con que dispusieron todos los honores funerales de que fueron encargados, y el último por el generoso desprendimiento con que costó el adorno del carro que se preparó en aquel acto.

«En la noche de ese día se dispuso en la capital la bendición del mausoleo, de cuya arquitectura, adornos y epitafios me encargaré después. A las ocho de la noche un doble general en todas las iglesias anunció la salida de la procesión que debía dirigirse de la matriz al cementerio del Chapinque. El acto de la bendición es sumamente sencillo, pero como no había un solo zacatecano que no deseara cooperar de alguna manera, según sus facultades, á las demostraciones de tristeza que ocupaban á toda la ciudad, se ordenó aquel de la manera más solemne. Una numerosa concurrencia con hachas de cera cuya merma costó también el referido D. Jesús Valdés, acompañaba al ministro del culto, que, con ornamento blanco de primera clase y precedido de los acólitos que portaban la cruz alta y los ciriales, se dirigió al lugar de bendición. Lo extendido de la carrera y la soledad del sitio en donde estaba el sepulcro, habrían hecho molesto un acto que por sí mismo es muy de poca ceremonia, pero lo hicieron suntuoso una orquesta compuesta de los mejores profesores, tocando á la sordina las piezas más análogas y propias del caso, y la buena voluntad con que todos se prestaban para lo que tuviera relación con el Sr. García.

«La mañana del 27, la respetable comunidad de Guadalupe, animada de los sentimientos doloridos que igualmente se manifestaban en todas las clases de la sociedad, se esforzó en hacer á las cenizas que tenía en depósito las más lucidas y suntuosas honras: al efecto la iglesia principal del convento se adornó lo mejor posible, colocándose en el centro una pira que despedía un torrente de luz por la simetría y abundancia de cera que ardía en toda ella. Preparado así el sagrado recinto, se condujeron allí los restos mortales en solemne procesión, escoltados por una guardia de honor compuesta de algunos de los principales vecinos, uniformada con bastante decencia; y luego que estuvieron al pié de la pira se entonó la vigilia, acompañando al canto la música que con este objeto fué de ésta Capital.

«El culto católico es tanto más imponente y majestuoso, cuanto más

lúgubres son sus ceremonias; y es inconcebible hasta donde se eleva la contemplación oyendo las súplicas que se elevan al Eterno, mezcladas con los armoniosos cantos de cien voces de otros tantos ascéticos, cuya gratitud no desmentida les hacía postrarse ante el Juez del universo para inclinarse en su elemencia en favor de aquel de quien eran los despojos que estaban á su frente, y que eran el objeto de su más ardiente caridad.

«A las tres de la tarde de ese mismo día, estaban dispuestos dos coches de luto, en los que diez comisionados escogidos entre lo más notable y elegante, se dirigieron al convento de Guadalupe por los respetables despojos del Sr. García, para conducirlos á esta Capital: otro coche condujo á algunos religiosos del propio convento, y los tres con el carro fúnebre, tirado de muchos ciudadanos de la clase media, y rodeado de una numerosa multitud, entraron procesionalmente á la plaza de San Juan de Dios. En el templo del hospital, conocido por este nombre, se había dispuesto una pira de mucho gusto y elegancia, porque formaba una especie de pabellón en cuya altura sobresalía una majestuosa y elegante cúpula adornada con un sombrero, un bastón y una espada.

«Dentro del pabellón se colocó el féretro interin se presentaba la comitiva que debía trasladarlo. Tardaría en hacerlo poco más de media hora, y en este tiempo pudo observarse que sólo la memoria de un hombre verdaderamente grande por su desinterés, su beneficencia, y por el más acendrado patriotismo, pudo reunir al derredor de sus cenizas á todo un pueblo que, al par de su agradecimiento, manifiesta el más íntimo dolor por su irreparable pérdida.

El recogimiento y compostura de una muchedumbre agitada y los signos de tristeza que se advertían á donde quiera que se dirigía la vista, pues no había una persona, una casa que se singularizara en no manifestar su luto, prueban sin equívoco el merecido ascendiente del Sr. García. También lo prueban la concurrencia tan brillante y nunca vista en Zacatecas, que se dirigió á San Juan de Dios á conducir sus despojos. Del Palacio del Superior Gobierno salió el duelo en el orden siguiente: abrían la marcha los alumnos del Instituto Literario, presididos de sus superiores; seguían las comunidades religiosas, la Junta de Fomento y el Tribunal Mercantil, el M. I. Ayuntamiento, que abrió sus masas á muchos particulares; presidido por el Sr. Prefecto; á continuación se colocaron los administradores de tabacos, pólvora, correos; los de rentas y los jefes de la Tesorería Departamental; después los oficiales de la Secretaría del Superior Gobierno, jueces de 1ª instancia y Superior Tribunal de Justicia, los señores secretarios de la comandancia general y del gobierno y la comisión de la Excm. Junta Departamental y el Excmo. señor Gobernador y comandante general D. Fernando Franco que presidía toda la comitiva. En seguida se colocaron todos los oficiales de los cuerpos de la guarnición con sus jefes á la cabeza y la oficina del detall, presididos por el Sr. Gral. D. Agustín de Bustillo. Tan luego como tomó asiento en el templo de San Juan de Dios este lucidísimo duelo, se cantó un responso solemnisimo y después se condujeron los restos en pomposa y fúnebre procesión al salón de la Excm. Junta Departamental.

mental que de antemano estaba adornado correspondientemente á este objeto. Allí se cantó otro responso, se disolvieron las autoridades y corporaciones, y se dejó entrar libremente á toda clase de personas, que no dejaron de concurrir hasta después de las diez de la noche, sin que fuera necesario que la compañía del 41.º regimiento, que se encargó de guardar el orden en la casa del departamento, evitara ninguna clase de abuso, que nunca se esperó, porque más de cincuenta ciudadanos velaban el féretro y cuidaban el decoro correspondiente á la persona á quien se honraba en sus cenizas.

«A las nueve de la mañana del 28 se encontraban reunidas en el salón del Gobierno, todas las autoridades y corporaciones, y á esa hora se dirigieron en el orden de la tarde del día anterior á la casa del departamento; á pocos momentos el venerable clero y todas las comunidades religiosas se presentaron á comenzar los divinos oficios que la iglesia ha mandado observar en tales casos. Concluido el responso que se cantó en la casa, se trasladó el féretro con magnífica y lúgubre oceremonia á la Santa Iglesia Parroquial, la que se hallaba generalmente alumbrada, conteniendo en el centro un magnífico y elegante túmulo de nueve cuerpos, superabundantemente iluminado y adornado por los cuatro frentes con algunas poesías escritas en grandes óvalos de lienzo. La majestuosa vista que presentaba el interior del templo por lo espacioso de sus naves, por la riqueza de los lutos que cubrían las sillas y bancas que debían ocupar las corporaciones, autoridades y particulares, y más que todo, por la tristeza y religioso recogimiento que se advertía principalmente en las bellas y enlutadas zacatecanas que se hallaban presentes, y generalmente en todos los concurrentes, daban motivo á grandes y profundas meditaciones.

Colocado el Exmo. Sr. Gobernador y demás individuos de la comitiva en sus lugares respectivos, y tomado por el venerable clero y comunidades el que debían ocupar, se comenzó la vigilia ensayada por los mejores profesores y la orquesta que hay en esta capital, contribuyendo no poco á hacer este oficio más sentimental, la melodiosa voz y agradable y compuesta fisonomía del joven guardián de Guadalupe, el M. R. P. Fr. José Bernardino de Jesús Pérez, que cantó una de las lecciones de la vigilia con tanta gracia y maestría, que por un momento transportó la imaginación de aquel lugar de pesar, á aquellos en que se han escuchado con encanto las obras del célebre Bellini en boca de Rubini y de Muzati. Después de celebradas las exequias con la pompa y lucimiento que se esperaba, el M. R. P. comisario prefecto de misiones del apostólico colegio de Guadalupe, Fr. Rafael de Jesús Soria, dijo la oración fúnebre que se encuentra en este cuaderno. Sobre el mérito literario de la obra no soy capaz de calificarlo, y dejo este trabajo á los lectores inteligentes; pero sí debo decir que el orador, en mi concepto, desempeñó perfectamente dos de sus principales deberes, que fueron, el de persuadir y conmover á su auditorio sin fastidiarlo. Y no podría ser de otro modo, porque el orador cristiano ni prostituyó el sagrado puesto que ocupaba, ni abusó de sus talentos oratorios en men-

gua de su elevado ministerio. La verdad y la justicia engalanadas con los ropajes más ricos de la imaginación precedían á todas las ideas de su discurso, que hizo derramar abundantes y tiernas lágrimas á todos los circunstantes.

Terminado que fué el elogio fúnebre, se cantó un solemne responso, y se retiró la comitiva; y las cenizas del Sr. García quedaron en el templo hasta las cinco de la tarde que se condujeron al sepulcro.

«Este acto que todos los pueblos de la tierra más ó menos civilizados han acompañado de diversas pero tristes ceremonias, fué sorprendente y contemplativo en esta ciudad. Toda ella se manifestó ocupada de un solo sentimiento, de una sola idea, la de tributar en mudo pero sublime lenguaje, el reconocimiento de que estaba poseída, y por esto en todos los balcones, ventanas y puertas de los edificios se dejaron ver, en unos con pobreza, en otros con el lujo y refinamiento de la moda, pero en todos, cortinas blancas con cabos negros como signo del duelo que era general.

Esta perspectiva hacía que resaltara más la que presentó el acompañamiento del entierro, que se ordenó de la manera siguiente: Abría la procesión la cruz parroquial, á la que seguían muchísimos acompañados con velas de cera; después la capilla cantando los salmos correspondientes, las comunidades religiosas y el venerable clero, al que inmediatamente seguía el féretro cubierto con un rico pelliz de terciopelo negro adornado con galón de oro en todo el rededor, y una cruz del mismo galón en el centro, con una borla de hilo de oro que pendía de cada una de las esquinas. El féretro era conducido en hombros de muchos ciudadanos vestidos de luto, y al que honraba en clase de duelo la escogida comitiva que acompañaba al Exmo. Sr. Gobernador en el orden que asistió por la mañana á la iglesia. El carro fúnebre tirado por cuatro mulas vestidas elegantemente con ropajes negros guarnecidos de amarillo que las cubrían todas, sobresaliendo en sus cabezas unos penachos de plumas negras dispuestos con mucha gracia, abría la hilera de coches con que terminó el acompañamiento del entierro. Cuando éste se verificaba en el sencillo y hermoso mausoleo de que daremos en seguida una idea aunque imperfecta, como del local en que está colocado, era digna de observarse la vista pintoresca que presentaban el cementerio del Chepinque y la montaña del Capulín que domina la iglesia por su parte del Sur.

A las cuatro y media de la tarde del citado día 28 se dejaba ver la montaña del Capulín vestida únicamente de la pobre vegetación que le dió la naturaleza, descollando en su cumbre la fábrica antigua y desaliñada de la mina que se explotó en sus entrañas; pero á las cinco, aquella montaña podía ocupar por mucho tiempo la fecunda imaginación de nuestros poetas, describiendo su repentina y variada transformación en una montaña de personas extasiadas é inmóviles con el lúgubre espectáculo que atraía sus miradas.

Puesta la última loza que ocultó las cenizas del Sr. García, al mismo tiempo que la iglesia entonaba en acentos melancólicos las oraciones con que acompaña á sus hijos al descanso del sepulcro, se despertó la gran mul-

itud de personas, y fué á ocupar de nuevo la ciudad que había quedado desierta por reunirse al frente del sepulcro en donde quedaron las cenizas del ilustre ciudadano que fué su caudillo, su padre, y el más celoso guardián de sus derechos.

La iglesia y cementerio del Chepinque está á extramuros de la ciudad en una altura que domina la alameda de 5 á 6 varas por lo desigual que es todo el terreno; extendiéndose el cementerio en su longitud de oriente á poniente 25 varas, y de latitud en la parte que ocupa el sepulcro, que es todo el lado derecho de la entrada, más de 8 varas; las cuales dimensiones componen un cuadrilongo circundado de verjas de hierro, trabadas á medias distancias con trece pilastras de cantería adornadas con porrones de la misma piedra, de exquisito gusto. En el centro de este cuadrilongo se eleva sobre un zócalo de elegante y sencilla arquitectura, la urna sepulcral cuya tapa sostiene el busto de bronce dorado del Sr. García que sacó, en yeso de su mismo cadáver el cirujano D. Tomás Jenkin, y el que sirvió al Señor director de la Casa de Moneda, D. Mariano Moreno para dirigir su construcción, la que según los inteligentes es demucho mérito. La altura del sepulcro es de cinco varas una cuarta y, á más de los labrados de la piedra que lo adornan, tiene á uno y otro costado de la urna, una espada y un bastón entrelazados con un laurel, todo de bronce dorado, y sobre piedras de mármol blanco; las cabeceras en la parte que están las inscripciones del día del fallecimiento del Sr. García y del en que se colocaron sus restos, son también de mármol; en los costados del zócalo, están incrustadas dos grandes piedras de mármol negro, cuyo lustre resalta más con los epitafios que contienen esculpidos con letras doradas de un tamaño proporcionado al todo del edificio que es del orden dórico. El epitafio latino, obra del Sr. cura D. Mariano Esparza, y que he traducido libremente, es el que sigue:

Hic jacet eximius nostrae regionis Eparchus
FRANCISCUS latet hic, heros qui est notus ubique.
Libertatis amans, non autem lege carentis.
Divitias sibi non, populo tamen illi parabat.

Los restos mortales del esclarecido gobernador de Zacatecas D. FRANCISCO GARCÍA, conocido en toda la República por sus virtudes, descansan en esta urna. Amante de la libertad sin licencia crió riquezas de que usó no en su provecho sino en el del pueblo que gobernó.

Sobre el mérito literario de esta pieza no me atrevo á decir una sola palabra, porque mi calificación sería tan pobre que la haría desmerecer del valor que por sí misma tiene.

Es de sentirse que no tengamos en esta capital artistas litógrafos para aumentar este cuaderno con una estampa del sepulcro, cuya vista desde el centro de la alameda por los antiguos cipreses que lo rodean, es sublime, y presenta á los ojos aun de los poco inteligentes todo el genio artístico del Sr. D. Santiago Guzmán que lo dibujó.

Temo muchísimo concluir esta desaliñada é imperfecta descripción cuyo encargo pude admitir solo por bondad de los Señores comisionados

y porque me formé el propósito de contribuir en todo cuanto pudiera y se me encargara en las honras del Sr. García; al hacerlo, he conocido mi insuficiencia y que no poseo ni un rasgo de la imaginación que era de desearse, para bosquejar siquiera lo ocurrido en la noche del 28 en el coliseo. Allí, en aquel edificio magnífico, en medio del pavor y majestad que se distinguía hasta en sus ángulos más ocultos; allí, en donde lo escogido de Zacatecas se presentó por última vez en derredor del busto del Sr. García; allí, en fin, fué en donde se dió una prueba concluyente del aprecio y respeto con que los zacatecanos honraron la memoria de uno de sus más distinguidos compatriotas. No de otro modo los griegos harían el apotéosis de sus hombres más ilustres que como se verificó el del Sr. García, la noche memorable del referido día 28. A las ocho en punto, el coliseo era un espacioso salón en donde competían lo rico de los muebles que lo adornaban con el orden y buen gusto en que estaban distribuidos; todas las columnas y la cornisa que sobresale de los palcos de abajo, las cubría un corlínaje blanco ondeado primorosamente, guarnecido con vivos negros y florones del mismo color en el centro de las ondas. En cada una de las columnas se colocó un grande espejo y una bomba de cristal en cada uno de los palcos de abajo; muchas estampas finas que representaban pasajes históricos de hombres célebres, con marcos y vidrios dorados, se hallaban distribuidos en la moldura plana de los palcos de arriba. En la circunferencia del pavimento se distribuyeron en tres hileras sillas de bejuco, y todo se entapizó con alfombras. En la cabecera del salón se elevaba un poco una mesa y tres sillas vestidas de terciopelo negro guarnecidas de galón de plata, conteniendo la mesa un cojín de terciopelo negro, un tintero de plata, cuatro grandes candeleros y dos bujías en candeleros de cristal; al otro extremo del salón, frente de esta mesa, se hallaba otra, vestida también de terciopelo negro guarnecido con galón amarillo, y la cual contenía el busto en yeso del Sr. García, y cuatro bujías en candeleros de cristal; al lado izquierdo de la primera mesa se colocó otra á una proporcionada distancia, enlutadas con el mismo lujo que las anteriores. Todo el edificio estaba iluminado con esperma, cuya luz por los muchos candiles y bombas de cristal en que se colocaron las más de las velas, deslumbraba casi con la claridad de los hermosos días del mes de Abril. Este aparato oriental, el respetuoso silencio que guardaba toda la lucida y enlutada concurrencia que pudo contener el edificio, el religioso pavor que difundían los signos de tristeza que advertían en todas partes, y la memoria del hombre ilustre cuya sombra parece estaba presente, excitaba á discurrir filosóficamente sobre las verdades de lo pasado y la incertidumbre de un tremendo porvenir que solo á la virtud es dado considerar sin temor.

Poco después de las ocho de la noche, se presentó el Exmo. Sr. Gobernador acompañado de las autoridades, corporaciones y oficialidad de la guaración; y habiendo ocupado el lugar preferente junto á la mesa de la cabecera del salón, en medio de los dos señores vocales que componían la comisión de la Exma. Junta Departamental, abrió la sesión é inmediatamente se presentó el señor diputado al Congreso Constituyente D. Luis G.

Solana, acompañado de dos comisionados, y los tres ocuparon los asientos de la mesa del costado izquierdo. Entonces fué cuando un profundísimo silencio se apoderó de todos los circunstantes, esperando oír de la boca del orador lo que sus corazones ya presentían. No se engañaron; y quién sabe si Mirabeau, en la sesión del 11 de Junio de 1790, al anunciar con su voz de trueno la muerte de Franklin, causaría la misma impresión que el orador zacatecano haciendo el elogio fúnebre del Aristides de la época.

Por los mismos motivos que tuve para no calificar la oración del M. R. P. Soria, prescindo también de hacerlo con respecto á la del Sr. Solana, dejando á los lectores que lo hagan por sí mismos; pero si diré que el Sr. Solana puede envanecerse justamente de haber complacido al respetable concurso que lo oyó con tanta satisfacción; y que el tiempo que duró su discurso debe computarse en aquellos momentos que se desliza dulcemente la vida sin que se sienta la mano descarnada del tiempo. ¡Tal es la fuerza de la elocuencia! El que la posee y en su ejercicio vierte abundantes lágrimas y las hace derramar, arrebatá los males de la vida y nos transporta á una región de deliciosa ternura.

Luego que el Sr. Solana causó el sentimiento de dejar de hablar, la orquesta que ocupaba el foro tocó á la sordina algunas piezas escogidas, y entre tanto se repartieron ejemplares impresos de cuatro diversas poesías; y aunque el señor Gobernador dispuso que se disolviera allí su acompañamiento, el coliseo quedó ocupado hasta más de las diez de la noche, porque todos sentían dejar aquel lugar en que se percibían todavía tan dulces emociones.

Para manifestar la debida gratitud á las personas que se han hecho acreedoras de ella, en todas partes y en todos tiempos es ocasión; por lo mismo, en esta descripción debe decirse, que el Sr. cura D. Mariano Esparza, los MM. RR. prelados de las religiones, los profesores de música y canto, el encargado de la imprenta y los oficiales de ella, y otras muchas personas que sirvieron con sus empleos en las honras del Sr. García, lo hicieron gratuitamente y con tan buena disposición como si les hubieran pagado sus merecidos derechos.

Zacatecas, Noviembre 27 de 1842.

LIC. JOAQUÍN CALDERÓN.

—(—:—)

SERMON predicado en los funerales del Sr. D. Francisco García, por el M. R. P. Comisario Prefecto de misiones Fr. Rafael de Jesús Soria en la Santa Iglesia parroquial de Zacatecas, el 27 de Julio de 1842.

Sol illuminans per omnia respexit.—Eclesiast. 42 in capite.

El sol que alumbrá, miró por todas partes.—Palabras del libro del Eclesiástico en el capítulo 42.

¡ZACATECAS! ¡noble é ilustre Zacatecas! qué diferente te veo en esta triste ocasión, vestida de luto, de las que mis ojos te han registrado con

todo el esplendor alegre de tu magnificencia! ¡Zacatecas! que siempre te has ostentado no solamente país abundante en metales preciosos, sino también en madre fecunda de hijos ilustres (1): ¿porqué te veo en este día tan llorosa que me pareces aquella ciudad, que describe un profeta, llena de lágrimas? ¿Qué? ¿no has podido cimentar tus glorias y alejar de tí para siempre el llanto, habiéndolo sido tan famosa, que sin hipérbole, por tus hijos heroicos, te puedo comparar á un firmamento en que brillan como otras tantas antorchas, sus nobles prendas, sus proezas admirables y su vasta literatura? ¿Lloras, aun con todo eso, oh Zacatecas? ¿Y qué no me será dado el consolarte, recordándote lo privilegiado de tu suelo y la gloria de tus hijos que siempre te han honrado? Acuérdate ¡oh ciudad nobilísima! que tus primeros hijos y fundadores fueron tan denodados, que jamás sucumbieron al imperio de los Moctezumas (2) Haz memoria que en la siguiente época, tus elementos físicos y morales te hicieron tan respetable, que nada tuviese que envidiar á las otras capitales del Anáhuac. Porque ¿en qué te podían hacer ventaja? ¿En metales preciosos? Tú, como lo confiesan nacionales y extranjeros, has llamado en este particular la atención del mundo civilizado. (3) ¿En las producciones feraces de la tierra? Aunque en el recinto tuyo no se encuentran, se hallan en varios puntos de tu comprensión. ¿En la ilustración y virtudes sociales? ¡Ah! ¡si no me hallara al frente de sus virtuosos hijos! esta era la ocasión de hacer un panegírico de sus profundos conocimientos, de la belleza de su índole, y de sus modales tan cortes. ¿En la cronología de los hombres, que les han dado honor? Tú, oh Zacatecas, lo digo á boca llena, no les cedés en esto ventajas. Gloriense enhorabuena las otras capitales de haber producido hijos que las han coronado de gloria en todas las clases que se distinguen en la sociedad; pero tú, oh Zacatecas, también haces un papel muy distinguido entre todas ellas. Leo los fastos de tu historia y ufano lo preconizo á la faz del mundo. Veámoslo, Príncipes de la Iglesia. En aquellos tiempos de dominación extraña, apenas era dado á los mexicanos ascender á la cumbre de tan alta dignidad y sólo una superioridad de relevantes prendas, los conducía á ella. Pues entre estos hombres, á todas luces grandes, hallamos á un Ilmo. Sr. D. Andrés Llanos y Valdés, á quien la ciudad de Jerez vió nacer, que fué obispo de Monterrey, y su memoria, entre aquellos que fueron sus diocesanos, es gloriosa. Un Ilmo. Sr. D. Manuel Ignacio González del Campillo, natural de Vetagrande, (4) teólogo, jurista, canonista, y que antes de ascender al episcopado, por su vasta literatura, fué provisor del obispado de Durango, sin embargo de no ser su individuo; penitenciario, arcediano, y últimamente obispo de Puebla. La compilación de sus alegatos jurídicos, informes, re-

(1) Cuaderno titulado: Descripción breve de la muy noble y leal ciudad de Zacatecas, escrita por el conde de Santiago de la Laguna, coronel de infantería española, D. José de Rivera Bernárdez, en el punto 9 cuyo título es: De los varones ilustres que en santidad y dignidad han florecido en esta ciudad.

(2) Muralla zacatecana, escrita por el Sr. Br. D. Mariano Bezanilla.

(3) En el mismo cuaderno de D. José Rivera Bernárdez, en el punto 7 da mucha idea de la suma de millones que habían producido las minas de Zacatecas hasta el año de 1732 que lo escribió. El Barón de Humboldt.

(4) Beristáin. En su biblioteca Hispano Americana Septentrional.